

## ***Para toda la vida***

Tuve que irme a la cama para no flaquear. Lo cierto es que desde que llegó la náufraga a la isla me comporto como un auténtico imbécil. Anoche mismo, embriagado por la suave brisa y una luna reventona, como de dibujos animados, estuve a punto de decirle: “Me gustas” ¡Por el amor de Dios, no sé en qué me estoy convirtiendo! Por eso tuve que irme a la cama, para no flaquear y porque algunos (incluso yo, que no soy más que un maldito náufrago en esta isla desierta) tenemos una reputación que conservar.

Lo cierto también es que desde que llegó la náufraga a la orilla flotando sobre una tabla, me comporto como un adolescente atolondrado, enamorado, tontorrón. Solo pienso en ella, en si le gustará la camisa que llevo (la única que tengo) Todo lo que pasa por mi cabeza se filtra a través de la imagen de la náufraga. Cuanto hago, es pensando en qué pensará ella de mí. Procuro que se fije en mi peinado y mido estrictamente mis palabras, utilizando el vocablo exacto en cada momento, ese vocablo que sé que le agrada. Luego, si la veo pasear por la isla, tomo un atajo y aparezco delante de ella haciéndome el encontradizo “¿Qué tal el día?” “¿Has pescado mucho?” “¿Te ayudo con la leña?”

Antes, yo era un náufrago de los de toda la vida, esa clase de náufragos de viñeta y cocotero, de los que frotan piedras para hacer fuego, pescan con un palo afilado y construyen cabañas de madera. También tenía pensado construirme una balsa y enviar mensajes en una botella. En fin, que yo era previsible, de esa clase de náufragos que hacen cosas de náufragos, que es lo mínimo que se espera de nosotros.

El caso es que desde que llegó la náufraga (hace hoy 2 años y 3 días) todo ha cambiado ¿Qué cómo es ella? Hermosa, sutil, delicada, fuerte y etérea a la vez, como una semidiosa. ¿Qué si la amo? ¡¡Lógico!! Tú también la amarás si estuvieses en mi lugar. Jamás quise tanto a nadie. Desde que apareció, ya no pienso en construir balsas ni enviar mensajes dentro de una botella, porque no tengo la más mínima intención de que vengan a rescatarme.

Esta noche, de nuevo, hemos coincidido frente a la luz de la hoguera. Como ayer, la luna brillaba en todo su esplendor y una suave brisa mecía sus cabellos. Disculpa si me ponga cursi, pero juraría que en ese momento no existía nada más en el mundo que ella, yo, el fuego y las estrellas. Me he levantado, he acercado mis labios a su rostro y la he besado suavemente en la mejilla. Luego, me he vuelto a sentar esperando su reacción. Y ella, dibujando una sonrisa angelical, se ha inclinado hacia mí y aproximando sus labios me ha susurrado al oído:

—¿No estaremos yendo demasiado rápido?

Y ha regresado, casi levitando, en dirección a su cabaña: para no flaquear, supongo.